

rindió culto religioso antes que la de Occidente. Para el día de su fiesta ha señalado el día bisexto, que entre los orientales es el 29 de febrero.

Por más que Casiano haya recibido y merecido grandes alabanzas, no se pueden excusar ciertos sentimientos que tuvo sobre la gracia y sobre la mentira, ni paliar el semi-pelagianismo que sembró en su décima tercia conferencia.

Todo cuanto se puede decir en su favor es, que defendió estas materias antes que la iglesia decidiera sobre ellas. Por otra parte, se manifestó absolutamente opuesto al error de los pelagianos, como se ve en su obra sobre la *Encarnación* contra Nestorio, en donde también dice que había trabajado para sacar de él al monje Leporio. Tillemont dice parecer que él quiere atribuir su conversión á sus consejos, por mas que sea debida á los de san Augustin, y á los de Aurelio de Cartago; no obstante no ser esta la opinión de Casiano, quien solamente dice que el *lo movió*, y que Dios lo *convirtió* y que *esto sucedió en Africa*. Así Casiano lo preparó emocionándole, y san Augustin concluyó la obra.

No haremos el análisis de todas las *Conferencias* de Casiano, pues esto interrumpiría demasiado la historia de los solitarios; bastará hacer el de algunas que nos parezcan más útiles, y que no se resientan de sus errores.

EL OBISPO ARQUEBE Y EL ABAD CHEREMON

« Panefisa, dice Casiano, era en otro tiempo una ciudad muy rica, siendo su territorio uno de los países más fértiles del mundo. Ella sola, como se suele decir, producía

Casiano, Paladio, Sozomeno, Gazeo.

todo lo necesario para la mesa del rey. Pero habiendo el mar sido agitado extraordinariamente por un temblor de tierra, saltó sus orillas. y habiéndose esparcido por todos los campamentos del rededor, derribó todas las casas, convirtiendo aquellos campos muy fértiles en una gran laguna de agua salada; de suerte que se puede decir que estas palabras del salmo, que se entienden en un sentido espiritual, entonces se cumplieron al pié de la letra, y parecieron una profecía de aquello que sucedió en este lugar: *Secó los rios y enjugó los arroyos y las fuentes; cubrió de sal una tierra muy fértil á causa de la malicia de aquellos que la habitaban.* »

Sucedió, pues, con el tiempo que muchas de las pequeñas aldeas que estaban edificadas sobre colinas, siendo inhabitables por efecto de esta inundación, se convirtieron en pequeñas islas, que hoy son muy propias para aquellos santos anacoretas que desean una perfecta soledad. »

Ptolomeo habla de Panefisa como de un lugar muy considerable; pero este país, antes tan fecundo y delicioso, no era más que un lago, en el cual muchos terrenos más elevados que los otros, parecían como islas, de las cuales el agua salada y las malas exhalaciones sacaron los habitantes, y solo servían para secundar la austeridad de algunos anacoretas que rehusaban las habitaciones cómodas para tener otras muy molestas, que por su incomodidad favorecían su gusto para la penitencia. A esto quedaron reducidos los tristes restos de una diócesis tan hermosa de la cual Arquebe, este santo prelado que en Tenesia recibió á Casiano y á Germán, era obispo, después de haber sido treinta y siete años anacoreta. Casiano no habla de su alta virtud sino llevado de transportes de admiración. « Este hombre admirable en todos sentidos, dice, desde el principio sobresalió en el desierto entre todos los anacoretas (su desierto era seguramente el de Panefisa ó estaba muy cer-

cano á este). Después que lo hubieron sacado de él para hacerlo obispo de Panefisa, conservó religiosamente todo el tiempo de su vida su primer amor á la soledad. En nada relajó su primera modestia y su antigua humildad, y la eminente dignidad con que se le honró no tuvo fuerza para causarle el menor movimiento de complacencia. No creía haber sido elevado á este cargo por haberlo juzgado digno de él; mas bien, que lo habian sacado de la soledad por ser indigno de ella; y lloraba sus desdichas, de no haber podido llegar á la pureza que pide una profesión tan perfecta, después de haber morado treinta y siete años en el desierto. »

Después del elogio que Casiano hace de la profunda humildad de este gran obispo, confirma lo que ha dicho con su discurso, hablándoles á él y á Germán de los anacoretas de su diócesis que les queria hacer conocer. Su episcopado no habia hecho más que perfeccionnar en su corazón aquella sincera humildad que habia adquirido antes en su retiro, y elevado á las más grande dignidad de la Iglesia, no habia hecho más, que confirmarse en los bajos sentimientos de sí mismo, que habia concebido, con el auxilio de la gracia, en el secreto de su soledad.

« De los anacoretas, dijo á Casiano y á Germán á quienes yo os voy á presentar, aprenderéis aquello que yo no os puedo enseñar. Ellos os enseñarán el camino de una piedad, de la cual no me queda más que la memoria, y cuya pérdida yo deploro todos los dias. Pero nos enseñarán más con sus ejemplos y acciones, que con sus palabras. En cuanto á mi yo creo que no me debeis incitar á que os diga nada. Yo soy demasiado pobre para poder dar algo á nadie; y todo lo que yo puedo es mostraros donde podréis encontrar esa perla preciosa del Evangelio, que yo mismo no tengo, y que vosotros buskais con ardor tan edificante. »

Arquebe residía en un monasterio, ya se entienda por eso una simple celda; pues algunas veces en la *Historia monástica* se toma en este sentido, ya se entienda una casa habitada por muchos cenobitas que bajo su dirección vivían en comunidad, lo que parece más verosímil; y continuó siempre sus ejercicios de solitario, en cuanto se lo permitía su cargo pastoral. También iba á pie, con el baston en la mano, llevando su pequeño saco como los otros monjes, no obstante su avanzada edad; y así es que Casiano dice, que á él y á su compañero los condujo de Tenesia á Panefisa.

Casiano en su séptima conferencia habla de un abad Arquebe, á quien fué á visitar con el abad Pablo, del cual en otra parte hablaremos, como de un anciano solitario. Se ha querido que este era el mismo obispo de quien aquí hablamos y que entonces no estaba elevado á esta dignidad; pero ninguna probabilidad hay en ello.

El primero á cuya celda el obispo Arquebe condujo á Casiano y á Germán, fué el abad Cheremón. No moraba lejos de su monasterio y era el más viejo de los anacoretas de este desierto. Podia haber morado desde el principio en el desierto de Scete, en una choza que distaba cuarenta millas de la iglesia, y doce del lago, á donde iba á tomar agua con gran fatiga, volviendo todos los dias cargado con dos tinajas para su provisión. Por lo demás, se estaba en el lugar de su retiro y allí unido con Dios vivia en paz y tranquilidad; sea que hubiese pasado con el tiempo del desierto de Scete al de Panefisa, sea que este último formara parte del otro como han dicho los autores, él estaba en el de Panefisa cuando Casiano y Germán fueron á verle. Entonces contaba más de cien años; y el docto comentador de Casiano al objeto hace una bella observación que se pondrá muy bien aquí. « Es, dice, una cosa admirable que tantos santos solitarios, ya los que vivían en los mo-

nasterios, ya los otros que estaban solos en el desierto, hayan la mayor parte vivido tan largo tiempo, siendo así que llevaban una vida tan penitente y que se privaban voluntariamente de todas las comodidades del cuerpo; lo que, después del auxilio de la gracia, sólo se puede atribuir á aquella gran abstinencia que practicaban. Así san Pablo, primer ermitaño, vivió cerca de ciento quince años, después de haber pasado ciento en su caverna. San Antonio vivió ciento cinco, habiendo pasado noventa de ellos en el desierto, viviendo de pan y agua, escepto en sus posteriores años que añadía algunas legumbres. San Paphnucio pasó también noventa años con pan y aguas. Lo mismo hizo san Macario y otros que aquí no se citan. » Sobre esto se puede ver lo que han dicho Sozomeno y Nicéforo (Sozom 1, 6, c. 34 Niceph. l. 11, c. 40.)

Casiano hace el elogio del abad Cheremón en estos términos: « Tenia más de cien años y sólo su espíritu conservaba el vigor; su cuerpo estaba todo abatido, y la asiduidad de sus inclinaciones en la oración, junta á su gran vejez, había de tal modo encorvado su dorso, que estaba como reducido á su primera infancia, y sólo á gatas podía andar. La gravedad de sus rostro y esa manera de andar nos sorprendieron, imprimiéndonos un profundo respeto por su persona, pues por más que estuviera tan acabado por la vejez, y que su cuerpo fuera todo deshecho y como muerto, no dejaba de observar todos los días el rigor de su austeridad primitiva. Nos aproximamos á él y le rogamos nos hiciera la gracia de decirnos una palabra de edificación, confesándole que este era el único objeto de nuestra visita; » á lo que, arrojando un profundo suspiro nos respondió: « Ah, hijos míos, que os puedo decir; cuando la vejez, me impide observar el rigor ordinario de nuestra vida, me quita al mismo tiempo el coraje para hablar de ella á los otros? »

« Cómo tendré yo la presunción de enseñar aquello que yo mismo no practico? ó cómo podrá escitar á nadie á presentarse constante y ferviente en los ejercicios en los cuales yo mismo estoy tan túbio y relajado? Por esto yo jamás me he podido resolver á permitir que alguno de los jóvenes solitarios morara cerca de mí, por temor que el ejemplo de mi relajación debilitara el fervor y la austeridad de los otros; pues la palabra del que enseña ninguna fuerza ni utilidad tiene, si el mismo ejemplo de sus acciones no lo imprime en el corazón de aquel que escucha. »

Casiano confiesa que un discurso tan humilde de parte de ese santo viejo lo dejó todo confuso, y lo mismo á su compañero Germán; y le dijo: « Nosotros os suplicamos, mi santo Padre, que no nos quiteis la suerte. Yo sé que esta sola situación del lugar en donde estais, y esta soledad tan horrorosa que la juventud más robusta apenas podría soportar, habla bastante de sí misma; y que cuando vos por otra parte callais, esta muda instrucción nos conmueve tanto que no tenemos palabras para espresárselo. No obstante, nos dispensaréis, si os suplicamos rompáis un poco vuestro silencio para decirnos alguna cosa que nos enseñe el modo de imitar lo que en vos admiramos. »

« Si nuestro tibieza y nuestra negligencia, que tal vez Dios os ha revelado, no merecen que nos dispenseis ese favor, tened al menos en consideración las penas y los trabajos de un viaje tan largo que hemos hecho, y no permitais que las personas que vienen del monasterio de Belén con el único deseo de escuchar vuestros sabios discursos, sean confundidos en su exspectación. »

El santo viejo se rindió entonces á sus súplicas y les habló de la perfección, como vamos á decirlo, después de haber dicho de que manera murió. En la *Historia Lusiaca* de Paladio está relatada así: « El abad Cheremón estando sentado sobre su silla y teniendo su obra entre las manos,

entregó su alma á Dios sin enfermedad ni agonía. » Así es que su muerte fué repentina, aunque no se puede decir que fuese imprevista, habiendo pasado tantos años apartado de las criaturas y en los ejercicios de una laboriosa penitencia. Los continuadores del Bolandismo hablan de ella el 16 de agosto, y hacen notar que la asiduidad en el trabajo era una de sus principales virtudes formando como su caracter propio, habiendo siempre vivido en el trabajo, y habiendo muerto con el trabajo en las manos, no obstante la mucha edad que hemos dicho que tenía, y la debilidad de su cuerpo cuando entregó su espíritu á Dios. Los Griegos hacen memoria de ella en sus *Menees*.

La perfección, que es objeto de la conferencia en la cual Casiano hace hablar al abad Cheremón, no es otra cosa que la caridad y ese amor de Dios por el cual lo amamos por sí mismo, como el hijo ama á su padre, á quien teme disgustar porque lo ama, y quien forma el objeto de su ternura filial y de sus afectos.

« Hay tres cosas, dice en primer lugar el abad Cheremón, que ordinariamente impiden á los hombres el entregarse á los vicios: el temor del infierno y de la severidad de las leyes; la esperanza y el deseo del cielo; el amor al bien y el afecto á las virtudes. El temor rechaza el mal y el contagio de los vicios, según está escrito: *El temor del Señor aborrece la maldad*. (Prov. 8). La misma esperanza de apartarnos de todos los pecados, según estas palabras del salmo: *Todos aquellos que esperen en Dios no pecarán jamás*, (Psal. 33). En fin, el amor nunca cae en el vicio, pues dice San Pablo: *La caridad jamás resbala*. (II Cor. 13). Hé aquí porque san Pablo, resumiendo toda la salud en estas tres virtudes, dice: *Estas tres cosas permanecen presentemente en esta vida, la fe, la esperanza, y la caridad*. La fé hace huir el mal por la aprensión de los suplicios del infierno; la esperanza, retirando nuestro espíritu

de la vida presente, nos hace despreciar los placeres del cuerpo para atender á los bienes del cielo; y la caridad calentando nuestro corazón, y llevandonos al amor de Jesucristo y á las virtudes espirituales, nos hace rechazar con aversión y horror todo aquello que es contrario á ellas.

« Estas tres virtudes parecer tener el mismo fin, que es apartarnos de las cosas ilícitas; son no obstante bien diferentes en los efectos que producen. Se puede decir que las dos primeras son virtudes de hombres, y particularmente de aquellos que se dedican á la perfección, y que aún no han concebido en sí mismos un verdadero afecto para las virtudes; pero la tercera es propiamente una virtud de Dios, es decir, que es propia de aquellos que están transformados en imagen y semejanza de Dios; pues es propio de este Ser soberano el hacer siempre el bien sin temor alguno, y sin esperanza de algun lucro. »

Si alguno, pues, desea ser perfecto, conviene que salga de este primer grado del temor, que es un estado servil; que pase al grado de la esperanza, en el cual cesa de ser esclavo convirtiéndose en mercenario, porque ya espera la recompensa, y que de aquí suba á ese amor desinteresado de hijo, que todo lo espera de la bondad de su padre, con una confianza perfecta, porque sabe que todo lo que es de su padre, es suyo.

El hijo pródigo habiendo derrochado toda su fortuna, creyó haber perdido á los ojos de su padre el derecho de llevar el nombre de hijo; desea á lo menos ser contado en el número de los mercenarios. Mas habiendo suplicado á su padre, en el humilde sentimiento de su paciencia que le tratase como á uno de sus mercenarios, su padre le recibió con más bondad que nunca le habia manifestado. No le concedió lo poco que le pedía, sino que lo hizo pasar al momento de esos dos grados de esclavo y de mercenario á su antigua dignidad de hijo.

Apresurémonos, pues, á subir, por una caridad firme é inquebrantable, á ese tercer grado de los hijos, quienes miran como suyo todo lo de su padre, para recibir de nuevo la imagen y semejanza de ese Padre celestial, imagen á la cual Jesucristo nos invita á conformarnos, cuando dice : *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.*

En estos dos primeros grados de temor y de esperanza, los movimientos de piedad se interrumpen algunas veces cuando el relajamiento, ó la alegría ó el placer hacen perder de vista el infierno ó los bienes celestiales. Sirven sin embargo para hacernos adelantar poquito á poco, pues empezando á huir el vicio por el temor ó por la esperanza, nos elevamos por fin hasta la caridad. Así, pues, debemos esforzarnos en pasar bien pronto del temor á la esperanza, y de la esperanza al amor, á fin de que teniendo un afecto sincero y verdadero para el bien, permanezcamos más firmemente adheridos á él. Pues hay grande diferencia entre aquel que rechaza los ardores del pecado por el temor del infierno ó por la esperanza de la recompensa eterna, y el que conserva la castidad, por ejemplo, por el gran deseo que tiene de una pureza espiritual. El alma que se halla en este último estado, no se deja llevar por los atractivos y las ocasiones del pecado, aún cuando nadie la vea ; no se deja sorprender por las más secretas complacencias del mal que se pueden introducir en el pensamiento, porque su amor muy sincero por la virtud no solo echa de su corazón todo lo que le es contrario, sino que aún lo detesta con un horror extremo. Por fin, no dejar el bien por el amor del bien mismo es mucho más perfecto que no consentir al cual por el temor de sufrir el mal. En el primer caso, el bien es puramente voluntario ; en el segundo, es como hecho por fuerza, pues se hace por el temor del castigo ó por el deseo de la recompensa. Así este se halla frecuentemente atacado por sus malas inclinaciones, por que



L'Abbe Lamoignon.

El Abad Lamoignon.